

## 081. Las riquezas del Espíritu

Con mucha frecuencia escuchamos aquellas palabras proféticas de la Biblia, cuando Isaías, hablando del Mesías que Dios iba a mandar al mundo, decía con vigor y entusiasmo: *“Saldrá un retoño del tronco de Jesé, y un vástago brotará de su raíz. Sobre él reposará el espíritu del Señor, espíritu de sabiduría y de entendimiento, espíritu de consejo y de fortaleza, espíritu de ciencia y de piedad; y será su delicia el espíritu del temor del Señor”*(Is.11,1-3)

De este texto arranca toda la tradición cristiana de los Dones del Espíritu Santo. ¿Los tenía Jesús? Entonces, también los tenemos nosotros, porque, al dársenos por el Bautismo y la Confirmación el Espíritu Santo —el mismo Espíritu del Señor Jesús—, nos ha llenado de los mismos dones con que llenó el alma bendita del querido Maestro.

Raquel María, aquella judía alemana que se convirtió y aceptó tan generosamente todas las exigencias cristianas, contaba su experiencia preciosa.

- *¿Qué te pasa, que estás tan contenta?*

- *Sí, hace seis semanas que recibí el Bautismo de manos del Arzobispo en su capilla privada. Y al recibir ahora la Confirmación de sus mismas manos, he sentido hasta casi físicamente los dones del Espíritu Santo. Me han inundado toda el alma. ¡Sí, es el Espíritu Santo con sus dones!* (Cardenal Faulhaber, Munich)

El Papa León XIII no se quejaría de Raquel María, el Papa que constataba con dolor: *-Muchos cristianos hablan del Espíritu Santo, y no tienen de sus dones más noción que los nombres que aprendieron en el catecismo.*

Cuando recibimos el Espíritu Santo, Él nos enriqueció sobre manara con esos regalos que, si los dejamos actuar, son motores potentísimos que nos elevan a las mayores alturas de Dios. Basta que no les pongamos estorbos y que seamos dóciles al Espíritu que nos conduce, para que Él haga maravillas.

Recorría un Misionero los pueblos de Chile, y encuentra a un niño de sólo cuatro años, acompañado de su cristiana madre. Le enseña el Padre el Crucifijo, y le pregunta:

- *¿Quién es éste?*

Y el niño, muy bien formadito religiosamente, contesta contento:

- *Mi Señor Jesucristo.*

- *¿Y por qué está así, clavado en una Cruz?*

El niño rompe a llorar desconsoladamente, y, ahogando los sollozos, al fin puede contestar gritando:

- *¡Por mis pecados!*

El santo Misionero se emociona, y cuenta después:

- *Imposible que este niño pudiera dar semejante respuesta por sí mismo. Allí vi actuar los dones del Espíritu Santo como no lo había visto nunca. Sólo por el don de entendimiento, pudo captar niño tan pequeño eso de “sus” pecados; sólo por el don de piedad pudo sentir tanta ternura con Dios su Padre; sólo por el santo temor de Dios podía estar tan dolido quien apenas había podido cometer alguna travesurita infantil...*

Esto son los dones del Espíritu Santo: motores que nos mueven sin nosotros pensarlo, sino sólo dejándolos actuar, cuando se lleva una vida sencilla, limpia, fiel. El

mismo Espíritu Santo se encarga de prender la chispa al llegar el caso, y es entonces cuando hace maravillas en nuestras almas.

El don de fortaleza, por ejemplo, se nota visiblemente en la vida de los mártires. ¿Acaso tenían ganas de padecer, o qué? No; sufrir y morir no le gustaba a ninguno. Y, sin embargo, al presentarse el momento, responden serenos como Jesús el Huerto: -¿A quién buscáis? ¿A Jesús el Nazareno? ¡Soy yo!...

Es lo que hizo aquel sacerdote ejemplar en la persecución roja. Lleva consigo a catorce seminaristas, alumnos suyos. Rodean los milicianos la casa, y preguntan por él. Los familiares y amigos lo quieren salvar. Una puerta trasera le dejaba vía libre al campo y al bosque. Y él, con grandeza de alma: *¡No! Yo no abandono a mis muchachos. Y a los milicianos comunistas: ¡Señores, aquí estoy!* Pocas horas después, morían los quince en el cementerio, víctimas de las balas rojas (*Padre Manuel Jové, Claretiano, 26-VII-1936*). No basta la nobleza de alma para semejante entrega. Es toda la fuerza del Espíritu quien empuja al heroísmo.

No hay que esperar a esos momentos tan extraordinarios para sentir esos dones con que el Espíritu Santo acompaña la Gracia que llevamos dentro.

Por la piedad y el temor santo de Dios, ¡con qué ternura amamos a Dios, lo respetamos, y le hablamos felices en la oración!...

Por el entendimiento que nos da, por la ciencia y la sabiduría, ¡cómo conocemos y valoramos las cosas de la Naturaleza y de la vida, y cómo saboreamos la Palabra de Dios!

Por la fortaleza que nos infunde, ¡cómo sabemos superar los momentos difíciles, cómo vencemos la tentación, cómo cumplimos nuestros deberes, cómo practicamos con constancia la virtud!

Por el don de consejo, ¡cómo acertamos en los momentos difíciles, cómo sabemos orientar a otros, cómo caminamos tan seguros en la vida!...

Estamos en la era del Espíritu Santo, y hoy el Espíritu divino que nos prometió Jesús, se está manifestando en la Iglesia de manera palpable. Está empeñado en formar un Mundo Nuevo, y todo está en que nosotros le dejemos hacer como Él quiere. *“Envías tu espíritu y se renueva la faz de la tierra”*, canta la Biblia (Salmo 103,30). Pero más que del aliento de Dios, que crea y recrea la Naturaleza, se trata del es el Espíritu Santo, que remueve el mundo de las almas.